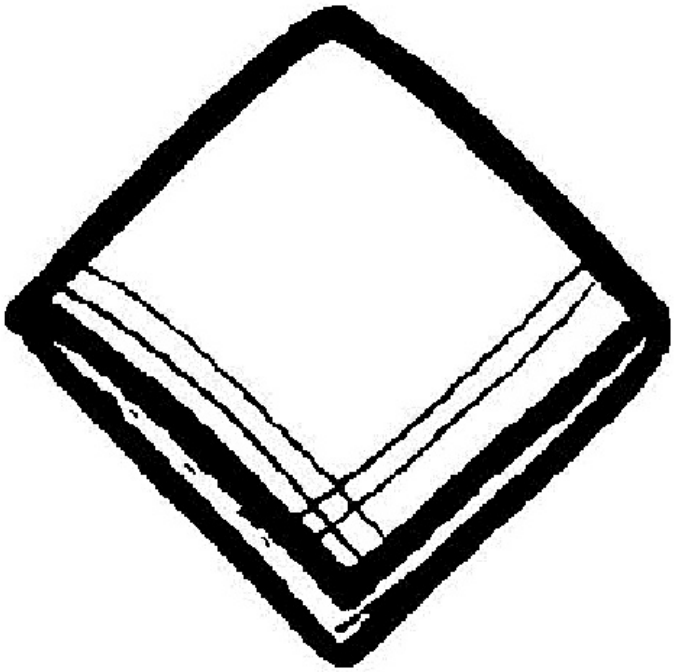
La algarada del cosquilleo gangoso



J G Roco

Capítulo 1

Valiente y áspera como un mechón de pelo duro. Correosas y, de afectivas, pegajosas son las líneas de desasosiego que dibuja el efecto que lo causa. Esbozos, uno tras otro, sin descontrol, son los que me llaman a las armas. Son los que me llaman a arrancarlos sin piedad, a asesinarlos con huracanada hazaña.

Mariposas, ¿por qué no? Se secan en la terquedad del mito bajo capas de sólidas crisálidas que una vez fueron pluviales y transparentes como la regla de La Virgen. Te escalan por los pulmones y esparcen su polen entrometiéndose en los asuntos de tu garganta. Zigzaguean por tu estómago entre abruptos quejidos de desconsuelo cuyo auxilio solo es socorrido por una manta.

Olvídate de respirar niebla y fundir la ebriedad de los radicales libres que asolan la coacción de tus pensamientos privándole a ésta de toda libertad. Olvídate de mover las aletas que soportan toda la carga vital de la que hasta hace poco gozabas en pequeños detalles como andar descalzo o batir en duelo a tu lengua con otra sintiéndote libre de toda carga moral.

Solo serás libre cuando destapes la férrea prisión que los contiene mientras tú mismo te guardas en un hermoso e idílico escudo calorífico. Tu albedrío será tuyo y no del invasor cuando el último caiga. Solo habrá victoria cuando la muerte se haya esparcido, cuando la piel deje de ser un terciopelo encerado, cuando la saliva no esté corrupta y el lloro deje de ser apesadumbrado. Justo en el momento en que la celulosa deje de hacer efecto y la tela haya perdido su valor podrás posarte sin que los músculos se te resientan, la cabeza se te embote y los huesos vibren.

Solo cuando mi vorágine vírica amaine, podré disfrutar del frío, porque estoy resfriado, joder.